

Precio 10 cts.

Reproducción

Tomo IV, No. 63.—30 de Junio de 1921

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José, Costa Rica.

Apartado 230

SUMARIO

La Superstición Socialista.

Otra víctima de los rayos X.

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Venta por menor: LIBRERÍA TORMO,
Avenida Central, frente al Banco Mercantil.

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

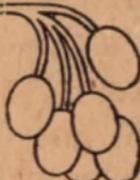
Cheques ♦ Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.



Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.

REPRODUCCION

Tomo IV.—No. 63.—30 de Junio de 1921

Dos trozos de la obra **La Superstición Socialista**

POR R. GAROFALO

(Traducción del Dr. L. Marco)

I

En las clases medias es donde hace falta hoy la propaganda antisocialista. Es preciso hacerla, sobre todo, en las escuelas superiores y en las Universidades. Intentarla en las clases pobres sería vana empresa. A los ojos de quien carece de trabajo y de pan, ningún razonamiento puede valer tanto como la palabra del revolucionario que le promete en la tierra un «pedazo de paraíso». Si su condición social no puede ser peor que hoy, a lo menos cada novedad le infunde una esperanza de mejorarla. Y eso basta para hacerlo sordo a todas nuestras palabras.

Por el contrario, es menester que

nosotros mismos estemos convencidos de lo vacío, falso, odioso, contradictorio y absurdo de la doctrina socialista. Preciso es que arranquemos bruscamente a los socialistas la careta de ciencia con que se cubren. Sin esto, se verá repetirse hoy el mismo fenómeno que al final del siglo pasado. (1)

Entonces, como ahora, las ideas de una revolución social habíanse difundido en las clases más altas de la sociedad. Desde allí, desfiguradas y echadas a perder, bajaron primero a las capas inferiores de la clase media, y, por último, al pueblo. [«No fué él (el tercer estado) quien hizo por sí mismo la revolución: al principio siguió a algunos nobles venidos a menos y entrampados, quienes le mostraron el camino; después fué cuando consiguió el predominio, pero únicamente porque el Rey y la nobleza se abandonaron. Para conducirlo a desear y luego a realizar una mudanza, fué preciso que quienes tenían el mayor interés en impedirla fuesen los primeros en predicarla; que quienes tenían

(1) Esto fué publicado en el siglo XIX, hace más de 25 años. (Nota del copista).

la guarda del principio de autoridad a su cargo empleasen todas las armas en destruirlo». Federico Masson, *Napoléon chez lui*, pág. 5: París, 1894.] No es ésta la primera vez que se ha hecho notar la analogía entre la situación actual y la de los años anteriores a la revolución de 1789. Decíanse entonces, poco más o menos, las mismas cosas que oímos repetir ahora. Cuando Watteau pintaba sus graciosos y gentiles aldeanos; cuando Florian y Berquin describían la dulzura, la pureza, la poesía de sus costumbres y su honradez, sufrían la sugestión de los filósofos sociológicos de la época. Esos aldeanos ideales eran los representantes de la humanidad en el estado de naturaleza, al cual sería preciso volver, según Juan Jacobo Rousseau, destruyendo todo lo falso y artificial que hay en la vida.

Todos eran entonces revolucionarios: corte, prelados, aristócratas, autores dramáticos, poetas, filósofos.

Poner en práctica las ideas de Rousseau: eso era lo que hacía falta para regenerar la decrepita sociedad.

Ya por el año 1759, d'Argenson

creía próximo el movimiento final. «Soplan vientos filosóficos de gobierno libre y antimonárquico... Quizá se hiciese la revolución con menos protestas de lo que se cree: realizaríase por aclamación». (H. Taine, *L'ancien régime*, pág. 385: París, 1886.)

«Aplaudíamos las escenas republicanas de nuestros teatros, dice Ségur en sus *Memorias*, los discursos filosóficos de nuestras Academias, las obras atrevidas de nuestros literatos... Era imposible pasar la velada en casa de d'Alembert, ir al palacio de Laroche-foucauld o ir al domicilio de Turgot con sus amigos, asistir al almuerzo del abate Raynal, ser admitido en la sociedad y familia del Sr. de Malesherbes, o aproximarse, por último, a la reina más amable y al rey más virtuoso, sin creer que entrábamos en una especie de edad de oro de la cual no nos daban idea ninguna los siglos anteriores... Estábamos deslumbrados por el prisma de las ideas y doctrinas nuevas, radiantes de esperanza, ardiendo en admiración por todas las glorias, en entusiasmo por todos los talentos, y mecidos por los ensueños

seductores de una filosofía ávida de asegurar la dicha del género humano. Lejos de prever desgracias, excesos, crímenes, vuelcos de tronos y de principios, sólo veíamos en el porvenir todos los bienes que podían asegurarse a la humanidad, con el reinado de la razón. Dejábase libre curso a todos los escritos reformadores, a todos los proyectos de novedades, a los pensamientos más liberales, a los sistemas más atrevidos. Cada cual creía caminar a la perfección, sin cuidarse de obstáculos y sin temerlos... ¡Nunca un despertar más terrible fué precedido por un sueño más dulce y por unos ensueños más seductores!»

Pues bien: la nueva doctrina filosófica y política había dicho por boca de Juan Jacobo Rousseau, su principal representante:

«La naturaleza ha hecho al hombre feliz y bueno; la sociedad le pervierte y le hace desdichado. El primero a quien se le ocurrió decir, cercando un terreno, *«esto es mío»* y halló gentes bastante necias para creerlo, fué el verdadero fundador de la sociedad civil. ¡Cuántos crímenes, guerras, ase-

sinatos, miserias y horrores hubiera ahorrado al género humano el que, arrancando las estacas o rellenando la zanja, hubiese gritado a sus semejantes: «¡Guardaos de escuchar a ese impostor; estáis perdidos como olvidéis que *los frutos son de todos y la tierra no es de nadie!*» (J. Rousseau, *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*: 1754.)

¿No oís a los socialistas decirnos las mismas cosas como novedades, al cabo de siglo y medio? ¿No advertís que no han hecho sino borrar el nombre de Rousseau de su folleto que «acaba de salir a luz»? Todavía consiguen hoy los socialistas acreditar sus absurdas doctrinas en el medio que debiera serles más hostil. Cuando dicen: «¡Queremos que cada uno gane según su trabajo; queremos que la personalidad humana pueda elevarse por encima de la vida material; queremos que todos encuentren pan y trabajo!», estas frases son acogidas siempre con aplausos. Y el burgués exclama entonces: «¡Hay mucha verdad y una gran idea de justicia en el socialismo!»

Y es que todas las almas elevadas están siempre de acuerdo en hacer votos por la felicidad universal. Esto lo explotan con buen éxito los socialistas, haciendo entrever un ideal de humanidad y de justicia que no puede desagradar a nadie, y del cual todos deben ser entusiastas. Así conquistan prosélitos para su causa entre las personas que no saben distinguir la poesía del ideal y la realidad de la vida social, y son bastante sencillas para ni preguntarse siquiera si los métodos de los socialistas no serán de tal naturaleza que lleguen a aumentar mil veces las injusticias y tristezas de este valle de lágrimas.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre la situación del siglo pasado y la situación presente: que entonces había que hacer una revolución política, la cual se sobrepuso bien pronto a las aspiraciones de los socialistas. Tratábase ante todo de demoler instituciones que ya no tenían ninguna razón para existir: castas, privilegios, señoríos, sinecuras de los nobles, servidumbre corporal de los agricultores. Además, ni obreros ni campesinos es-

taban asociados y jamás habían leído una página de Rousseau, del cual ni aun el nombre conocían.

Preparó y ejecutó la revolución el tercer estado, quien desde 1791 tenía ya realizadas todas las reformas liberales posibles. Sólo en 1793 levantó tímidamente la cabeza el socialismo, con la victoria de los jacobinos, que representaban la plebe, y gritaban como Saint-Just que «la opulencia es una infamia», o proponían como Robespierre fijar en 3,000 libras anuales el límite máximo de la riqueza.

Esos hombres, no contentos (como todo el mundo lo sabe) con haber inundado de sangre a Francia, estatuyeron (como quizá no todo el mundo lo recuerde) el *máximum* o tasa de los precios, fijando el coste de cada mercancía, el del transporte y la ganancia del comerciante. (A Thiers, *Histoire de la Révolution française*, tomo II, cap. I.)

No duraron mucho tiempo estas leyes ridículas; pero mientras estuvieron en vigor, quedó destruido todo el comercio, y Francia apareció empobrecida y llevada al borde de la banca-

rrota, hasta que, recobrando su predominio la burguesía, halló remedio a males tan grandes.

Hoy serían incomparablemente mayores los desastres de la revolución social. Importa que esto no lo ignore esa parte de las clases superiores que en nuestros días, como en 1879, sueña con la edad de oro y la espera de una revolución.

En nuestro tiempo, la aristocracia de la sangre y las capas superiores de la burguesía sienten a menudo una antipatía invencible por las clases intermediarias, a las cuales acusan de todos los males que afligen a la sociedad.

Con frecuencia, en los salones más aristocráticos, caballeros respetables, millonarios filántropos y señoras caritativas manifiestan sin rebozo en la conversación el asco que sienten por los politicastros de oficio, sin carácter y sin ideal, que no sirven a la patria sino a la especulación privada. Y entonces hállanse dispuestos a mirar con simpatía el movimiento socialista, que, a juicio suyo, es una reacción contra lo que se llama «gobierno de clases».

Las náuseas que les da la sociedad actual es lo que falsea la manera de ver de esas buenas gentes. No saben distinguir entre los defectos del actual orden social y los vicios inherentes a la naturaleza humana, la cual, ciertamente, no mejoraría si las clases inferiores consiguieran apoderarse del poder.

En verdad, como acabo de decir, la palabra «burguesía» no despierta ideas muy simpáticas. A menudo entran tentaciones de atribuir al tipo del burgués todas las cualidades representadas por las hadas que, según el poeta José Giusti, rodeaban la cuna de Gingillino:

Las hadas *Desvergüenza* y *Pequeñez*,
La *Intriga*, la *Vileza*, la *Avidez*
Y otras de este jaez,
Tales como la gran *Tacañeria*
Y la *Trapaceria*

.....
Cantaban en la cuna de un niño
Llamado Gingilín.

(Il *Voltafaccia* e la *Meschinità*,
L' *Imbrogljo*, la *Viltà*, l' *Avidità*
Ed altre Deità,
Come sarebbe a dir la *Gretteria*
E la *Trappoleria*

.....

Cantavano alla culla d' un bambino
Di nome Gingillino.

Versi editi ed inediti di Giuseppe Gius-
ti, pág. 194.—Florenca, 1852).

Caracteres que, pensándolo bien, no son los de una clase, sino los de individuos sueltos de todas las clases sociales, y en particular de quienes han sabido elevarse a fuerza de intrigas, y a los cuales se les conoce con el nombre de «advenedizos». Claro es que en la «burguesía» no faltan egoístas, ni hipócritas, ni sinvergüenzas; sin embargo, en el sentido complejo que se ha dado ya a esa palabra, contiene toda la parte más elevada de la sociedad, todas las personas instruidas y de buena educación, que conservan las tradiciones de urbanidad y las transmiten a las nuevas generaciones, y que además han hecho y aún pueden hacer mucho para aliviar las miserias del pueblo. Descendiendo, ¿qué encontramos? Una población casi siempre grosera e ignorante, malévola con frecuencia, sanguinaria y salvaje a veces.

No tienen una idea lo suficiente clara de la Historia quienes dan a la clase proletaria el nombre de «cuarto

estado. Respecto a los que de ella aguardan la regeneración social, no podemos hacer sino reirnos de su necedad.

¡Ah, es cierto: nuestra sociedad está llena de miserias y de vicios! En cuanto a mí, al señalar la demencia de los que desean una revolución social, no me propongo entonar un himno en loor de las clases directoras, ni afirmar que la actual forma de la sociedad deba durar siempre, ni que represente el último estadio del progreso. Pero, como dice Herbert Spencer, «sólo la lenta transformación de la naturaleza humana, educada en la vida social, podría dar resultados ventajosos y duraderos», al paso que el socialismo «detendría el progreso y lo haría retroceder hasta sus orígenes más remotos». (Herbert Spencer, *From freedom to bondage*). «El cuarto estado, dice Máximo du Camp, significa que el Gobierno debe pertenecer por derecho de nacimiento a quienes no aprenden nada, no saben nada y no quieren hacer nada. Es el sistema de castas invertido: al proletariado solo es a quien le incumbe regir el mundo,

por ser el más numeroso». (Maxime du Camp, *Les convulsions de Paris*, tomo IV, pág. 323: París, 1883). Esta es la verdadera tendencia del partido llamado de los *trabajadores*: apoderarse del poder, no en beneficio de todos, sino para expropiar a la clase dominante y sustituirla. Por supuesto, no hacen misterio ninguno de ello en sus programas. (Véase, por ejemplo, el *Programa, Estatutos y Táctica* del partido obrero italiano).

Su egoísmo excede, con mucho, del de las clases superiores. Pueden verse ejemplos de él en las observaciones del gran sociólogo inglés acerca de la manera de obrar de las *Trades-Unions*, los reglamentos que limitan el número de admisiones de nuevos brazos en cada industria, las prescripciones que prohíben a los obreros pasar de una clase inferior a otra superior, la intolerancia y la continua violación de los derechos de los demás. (Herbert Spencer, *op. cit.*, págs. 42 y 43).

Pero, ¿cómo puede imaginarse que el progreso de la humanidad dependa de sus elementos más bajos? ¿Cómo es posible no ver, por el contrario,

que el socialismo sólo significa el rebajamiento intelectual y moral de toda la humanidad? Y es que la sociedad actual aseméjase a un sistema de pilones de fuente puestos unos encima de otros: si se hacen comunicar de modo que el agua circule entre ellos, ésta se difundirá a partir de los más altos; y el nivel único será el del gran depósito inferior, porque la poca agua de los pilones superiores no podrá elevarlo perceptiblemente. Esta comparación es tan verdadera desde el punto de vista económico, como desde el moral e intelectual.

Todos los vicios de la burguesía se sustituirán por los del pueblo bajo, que son los mismos con una forma más ruda, más descarada, más violenta; pero las virtudes de la primera, que suelen consistir en el comedimiento, la dulzura, la constancia, la previsión, los buenos modales, el respeto al mérito, el aprecio de las cualidades intelectuales, el amor a las bellas artes y a las buenas letras, todo esto perderíase en la muchedumbre inculta y rugiente, como la que en 1792, al cruzar en procesión por las Tullerías,

ultrajaba a un rey sin ventura y a una pobre reina despojados de todo su poder.

Sin que disminuyesen un ápice las injusticias y las miserias inseparables de la vida, veríamos reaparecer el imperio de la fuerza física, irracional, bruta, y presenciaríamos el triunfo de los hombres más violentos, cual acontece a diario en las ínfimas capas del populacho. Por último, veríamos derrumbarse por todas partes esta civilización, fruto secular de la evolución, única cosa que nos hace tolerable la comunidad social.

Las embestidas de los nuevos hunos y vándalos serían mucho más terribles que aquellas que necesitaron diez siglos para ponerles remedio. Los visigodos de Alarico no consiguieron demoler el Panteón ni el Coliseo. Pero con el petróleo, con las bombas y con la dinamita, los nuevos bárbaros no necesitarían para ello mucho tiempo.

Una noche bastó a los socialistas de la *Commune* para destruir las Tullerías, y ya comenzaban a arder el Louvre y Nuestra Señora, cuando las tropas de Versailles entraron en París.

II

Los nuevos socialistas revolucionarios sienten profundo menosprecio por aquellos de sus predecesores o contemporáneos que imprudentemente se han permitido describir con todas sus particularidades un tipo de sociedad comunista o colectivista.

Sin embargo, esos soñadores que presentan de buena fe el cuadro de la humanidad idealizada, parecenme mucho más simpáticos y atractivos que quienes han creado lo que se llama «socialismo científico».

Describían los primeros una sociedad no agitada por la concupiscencia y demás pasiones que perturban la nuestra. Apartada la desigualdad de condiciones, y por tanto la ambición y la sed de oro, pensaban que los hombres llegarían a ser, como primitivamente lo eran, dulces y honrados. Sólo que la tierra feliz que debiera albergarlos es un país fabuloso, una *Atlántida*, una *Isla de los Placeres*, una colonia del *Telémaco* de Fenelón, una *Ciudad del Sol* gobernada por el «gran metafísico» y tal como la imaginó

Campanella; o *no se encuentra en ninguna parte* (ou *topos*), y de ahí la palabra «*Utopia*» empleada por Tomás Moro, encantadora ironía imitada por el autor de las *News from nowhere* (noticias de ninguna parte); o, por último, si se trata de una región determinada, la escena que allí se desarrolla no es de nuestra época, sino del porvenir, por lo menos del año 2000, como en el *Looking backward* de Bellamy.

Ni esos escritores ni otro ninguno, entre los centenares de utopistas de todos tiempos y países, han creído nunca que su respectivo sueño pudiera convertirse en una realidad por obra y gracia de la violencia.

No querían trastornar el orden de la sociedad, no apelaban a los ignorantes y descontentos, no excitaban los rencores ni los odios del populacho.

Eran poetas y artistas que nos divertían con sus creaciones geniales, con sus inocentes aspiraciones a un mundo mejor. Esforzábanse en demostrar la posibilidad de la realización práctica y pacífica de sus planes. El cuadro que de ellos pintaban era gra-

to a los ojos por lo bien concluido, y producía una ilusión completa.

Así giraba siempre la discusión en derredor de una cosa sensible en cierto modo, puesto que se conocían los materiales y las proporciones de la obra que se iba a construir; sabíase lo que deseaban. Hoy, por el contrario, no sucede nada de eso.

Los nuevos socialistas no producen ya tan graciosos modelos. ¡Han desertado de la encantada isla de Utopia! A estas seductoras creaciones de filósofos poetas las llaman productos del «socialismo sentimental», o «novelas» faltas de seriedad por completo, o «construcciones *a priori*»; y dicen que ni éstas ni aquéllas merecen ya discutirse desde que, según su expresión, el socialismo ha llegado a ser «científico».

Véase un ejemplo de ese olímpico desdén:

«Cuando el socialismo, antes de Karl Marx, sólo era la manifestación sentimental de un humanitarismo tan generoso como *desprovisto de los más elementales principios del positivismo científico*, se comprende muy bien que

sus partidarios y defensores cediesen fácilmente al *impetu de sus sentimientos*, ya en retumbantes protestas contra las palpables iniquidades sociales, ya en la *contemplación sonambúlica* de un mundo mejor y al cual la *imaginación sobreexcitada* trataba de dar lineamientos precisos desde la *República de Platón* hasta el *Looking backward* de Bellamy.» (Enrique Ferri, *Socialismo e scienza positiva*, pág. 125: Roma).

El autor de estas frases desdeñosas sigue así la nueva dirección de los socialistas, a quienes les parece infinitamente más cómodo y seguro encerrarse en el círculo de un pequeño número de fórmulas generales: *nacionalización o socialización del suelo y de los instrumentos de trabajo; abolición de la propiedad individual, menos la de los objetos necesarios a la persona; recompensa proporcional a las horas de trabajo, pagada por la administración de la colectividad, en forma, no de moneda, sino de derecho a tomar en los almacenes generales una determinada cantidad de objetos, etc.*

Si les pedís algunas explicaciones acerca del modo de realizar tales ideas

o respecto al mecanismo de las nuevas instituciones, contestan que no pueden determinar nada con precisión y que es menester contentarse con las «líneas generales» del nuevo edificio social.

Por supuesto, no van descaminados: en cuanto caen en la tentación de explicarse un poco más, hormiguean por todas partes las contradicciones y los absurdos

.....
Bebel declara que «nadie puede prever cómo organizará la Humanidad futura la gestión de sus intereses materiales, de modo que por completo queden satisfechas sus necesidades». Y Liebknecht exclama en el Congreso de Halle: «¡Es preciso estar loco para preguntar lo que será el organismo social en el futuro Estado socialista!»

Pues bien: con permiso de Bebel, de Liebknecht y de Enrique Ferri, creo que, por el contrario, se necesita estar loco para querer imponer a la sociedad una organización enteramente opuesta a aquella a la cual se ha acomodado desde hace siglos por evolución natural; una organización vaga-

mente vislumbrada en un sueño confuso, sin ninguna precisión de líneas, de la cual no se encuentra hoy ejemplo ninguno; sin más precedentes que los de la humanidad primitiva e inculta y los de las experiencias hechas por Owen y Cabet en América, las cuales fueron un completo fracaso; sin saberse de qué modo podría plantearse ese sistema en medio de nuestra civilización; sin que se pueda resolver uno solo de los mil problemas ni vencer una sola de las dificultades que al momento acuden a la mente y que ponen los pelos de punta.

Pero ellos, que echan en cara la utopía a sus predecesores, ¿son menos utópicos porque desdennan los detalles? Cuando dicen que la propiedad individual debe desaparecer, que toda la fortuna pública debe ser poseída en común, que deben socializarse todas las industrias sin distinción de género y que toda clase de trabajo debe pagarse de la misma manera, ¿no hacen así una obra de pura imaginación y que sólo por su mayor vaguedad difiere de las utopías precedentes? Sin embargo, preciso es convenir en que

no dejan de hacernos algunas veces gozar de algunos bosquejos en pequeño. Así Bebel no sabe resistir la tentación de enseñarnos a vista de pájaro el panorama de los lindos y coquetones pueblecitos a donde se trasladarán los museos, teatros, salones de conciertos y bibliotecas; y nos habla del nivel común de la instrucción, de la educación y hasta de la inteligencia (!) de toda la Humanidad del porvenir. (Bebel, *Die Frau und der Sozialismus*.— La mujer ante el socialismo: 1883). Ya he dicho que los nuevos socialistas quieren «imponer» la transformación social. Mi expresión es exacta.

Y es que esos oradores y escritores no son simplemente unos pensadores que creen haber descubierto el nuevo camino indicado fatalmente a la Humanidad. Si dijese: «Nosotros prevemos, por tales o cuales indicios, que dentro de dos o tres siglos o de mil años ya no existirá la propiedad individual y el capital pertenecerá a todos», podrían estar en lo cierto o no tener razón; pero a menos de estar dotado del don de profecía, nadie pudiera afirmarlo con certidumbre.

En una discusión de esa especie podría dejarse lugar hasta cierto punto a la ciencia para que determinase, con arreglo a las leyes de la evolución conocidas ya por experiencia, la nueva orientación presumible de la sociedad. Pronto veremos, acerca de este asunto, si las ideas de los socialistas son de tal naturaleza que obtengan el sufragio de la ciencia sociológica.

Pero lo que no consigo comprender, ni lo comprenderá ninguna persona de sentido común, es qué pueden tener que ver esas aspiraciones y previsiones con el presente movimiento de las clases obreras, y cómo puede servir este movimiento a la tendencia colectivista. Por el contrario; es fácil probar que ese movimiento retardaría la evolución natural que, según los nuevos socialistas, conduce en derechura al colectivismo. Pero más adelante hablaré de esto.

Hagamos observar solamente ahora que si las clases inferiores consiguieran apoderarse del poder, eso no quiere decir que se estableciese el régimen colectivista; por el contrario, es muy probable que al enseñorearse los obre-

ros industriales y agrícolas, querrían guardar para sí las riquezas adquiridas más bien que ponerlas todas en común.

Entre tanto, los nuevos socialistas, que por un lado pretenden hablar en nombre de la ciencia sociológica y de las leyes naturales de la evolución, por otro lado se afirman en la política como un partido revolucionario. Pues bien: es evidente que la ciencia no tiene nada que ver con esto. Por más que cuiden de advertir que por la palabra «revolución» no entienden un motín ni una sublevación (lo cual sabíamos ya, puesto que lo explica el Diccionario), siempre resulta que no quieren aguardar la organización espontánea de la sociedad en el nuevo orden económico por ellos entrevisto en un porvenir más o menos lejano; pues de lo contrario, ¿quién de ellos sobreviviría para demostrar a los incrédulos la certeza de sus previsiones?

Trátase, pues, de una evolución *apresurada artificialmente*, o en otros términos, del *uso de la fuerza* para transformar la sociedad según sus deseos.

Tal es el sentido del llamamiento a la unión de las fuerzas del proletariado,

como lo hizo Marx y lo hacen sus partidarios, exclamando: «¡Proletarios del mundo entero, uníos!»

Cuando se oye este grito, primera señal de la revolución que se aspira a desencadenar,—pues con la unión de los trabajadores no hay el propósito de sostener una lucha económica pacífica, sino el de expropiar por medios legales o ilegales, poco importa, el suelo entero, las máquinas y los instrumentos de trabajo (y los marxistas no hacen de ello ningún misterio); cuando se oye ese grito, hay derecho a preguntarles: ¿Para qué hacéis esto? Si queréis destruir la organización actual de la sociedad, por lo menos debierais saber con qué podríais sustituirla. Si queréis abolir la propiedad individual, no podéis negaros a explicarnos de qué modo podrá organizarse y administrarse la propiedad colectiva. Si queréis que la recompensa de cada uno sea proporcionada al trabajo realizado por él, ¿consentid en revelarnos vuestro criterio de proporcionalidad! Si queréis que a cada hombre «se le aseguren las condiciones indispensables para una existencia digna de seres

humanos», preciso será que nos demostréis de qué manera se podrá realizar este programa y cuál será el manantial inagotable de la riqueza pública.

De otro modo, con hartó pesar nuestro, no podremos tomaros en serio. Y puesto que os negáis a describir vuestra sociedad futura, conservaremos mientras tanto la nuestra a pesar de todos sus defectos y de todos sus males, porque ignoramos (y vosotros también) si no serían mil veces mayores en esa nueva sociedad que os proponéis crear, sin tener aún de ella claro concepto.

De nada sirve responder, como lo hace Enrique Ferri (*op cit.*, pág. 129), que tampoco sabía a dónde iba el *tercer estado* en Francia cuando preparó la Revolución. El *tercer estado* podía engañarse en sus previsiones, y, en efecto, se equivocó en algunas de ellas: no previó el Terror, ni el Consulado, ni el Imperio. Pero el *tercer estado* tenía un programa concreto; todas sus intenciones eran prácticas y bien determinadas. No se prometía conquistar lo que una resistencia hartó floja le

hizo ganar en poco tiempo; por eso al principio, limitó sus reivindicaciones. Pero sabíase muy bien que deseaba establecer una monarquía constitucional o una república, sin privilegios, sin feudalismo, con iguales derechos reconocidos a todos los ciudadanos.

Inglaterra y los Estados Unidos de América presentábanles ejemplos contemporáneos: la primera de una monarquía constitucional; los segundos de una confederación republicana democrática. Los Estados de la antigüedad vivieron sin feudalismo; algunos de ellos sin aristocracia.

Por tanto, el *tercer estado* ni soñaba ni tenía ideas extravagantes. Quería hacer una revolución para conseguir un tipo de Gobierno liberal. Quizás se modificase el plan, ampliándose con arreglo a las circunstancias; en todo caso, había uno preciso, realizable.

Los nuevos socialistas por el contrario, confiesan que no pueden determinar la forma de organización social: no tienen de ella ninguna clara idea. ¡Hasta afirman que es imposible tenerla!

Eso significa que quieren la revolu-

ción *por la revolución*. Su objetivo sólo es, por ahora, destruir todo lo existente.



Otra víctima de los rayos X

Acaba de morir el doctor Adolfo Leray, ilustre radioterapeuta francés. En 1901 fundó un centro radiográfico en el Hospital Saint-Antoine, en donde su abnegación rayó en santidad. Durante la guerra, dejó su laboratorio, para ir a radiografiar en el campo de batalla a millares de soldados heridos. Así contrajo la inevitable radiodermatitis que lo mató. Fué un héroe que despreció el dinero—y cosa más rara aún—despreció la gloria. Cuando un grupo de admiradores quiso llamar la atención pública sobre sus virtudes, él protestó dulcemente diciéndoles:

«No olviden que la luz fuerte no me atrae: yo me he dedicado a los pálidos rayos X».